

POEMAS DE CESÁRIO VERDE

DESLUMBRAMIENTOS

Mylady, es un peligro contemplarla
Cuando pasa, perfumada y normal,
Con su tipo tan noble y tan de salón
Con sus gestos de nieve y de metal.

Sin que eso la disguste o desenfade,
¡Cuántas veces siguiéndole los pasos,
La veo, con real solemnidad,
Imponer *toilettes* complicadas!...

En vos todo me atrae como un tesoro:
El aire pensativo y señorial,
La voz que tiene un timbre de oro
¡Y el nevado y lúcido perfil!

¡Ah! como me aturde y me fascina...
¡Y es, en la gracia distinguida de su porte,
Como la Moda superflua y femenina,
Tan alta y tan serena como la muerte!

Ayer me la encontré cuando venía,
Británica y llenándome de pasmo,
¡Gran dama fatal, siempre muy sola,
Con firmeza y música en el caminar!

Su mirada posee, en juego ardiente,
Un arcángel y un demonio que la ilumina,
Como un florete, hierde agudamente,
¡Y acaricia como el pelo de un manguito!

Y bien. Conserve al hielo por esposo
Y muestre, si le beso la blanca mano,
El gesto diplomático y orgulloso
Que Ana de Austria mostraba a los cortesanos.

Y en fin prosiga altiva como la Fama,
Sin sonrisas, dramática, cortante,
Que yo busco fundir en mi llama
Su yermo corazón, como un brillante.

Mas, cuidado Milady, no se lance,
Que han de acabar los bárbaros reales;
Y los pueblos humillados, por la noche,
Para vengarse aguzan sus puñales.

Y un día, oh flor del Lujó, en los caminos,
Bajo el satín del Azul y las alondras,
¡He de ver vagar, alucinadas,
Y arrastrando harapos – a las reinas!

FRÍGIDA

I

¡Balzac es mi rival señora mía inglesa!
La quiero porque odio las carnes redondas;
Mas él la eternizó en singular belleza
Y me turbo si miro sus ojos color de las olas.

II

La miro, su larga y plácida estatura
Expone la majestad austera de los inviernos;
No la tiñe completa el tímido candor;
Bailan la paz del cielo y el asombro del infierno.

III

La veo caminar, flemática, irritante,
En una mano ¡torciendo un pañuelo de cambaya!...
Nadie así me prende, oh sería extravagante,
Cuando levanta y ondea la perezosa falda!

IV

Esperaré tal vez, que su amor me azote
Mas nunca la miraré de modo franco,
Tras el esplendor del día y la palidez nocturna,
¡Es como el sol-dorada y como la luna-blanca!

V

Si pudiera postrarme, en meditado impulso,
¡Oh, gélida mujer, bizarramente extraña,
Y trémulo poner los labios en su pulso,
Entre el suave guante y el puño de bretaña!...

VI

Cintila en su faz la lucidez de la joya
Al dar con ella la fantasía asombra;
Pausadamente recuerda el silbo de una boa
Y el paso lento y mudo de un fantasma.

VII

Metálica visión que Charles Baudelaire
Soñó y presintió en sus suaves delirios,
¡Permitame que le alabe la distinción que hiere,
Las curvas de magrez y el brillo de los adornos!

VIII

Deslice como un astro, un astro que declina;
Tan descansada y firme es que me aturde,
Con la lentitud de una corbeta fina
Que noblemente navega en mar tranquilo.

IX

No me imaginé un loco. Yo vivo como un monje,
En un bosque de ficciones, ¡Oh, gran flor del Norte!
¡Ah, al perseguirla pienso en acompañar de lejos
El angélico y sosegado espectro de la muerte!

X

Su vagar oculta una elasticidad
Que debe dar un gusto amargo y grato,
Y su glacial impasibilidad
Exalta mi deseo y ataca mis nervios.

XI

Pero no arderé a sus contactos fríos,
Y no me enroscarán sus serpentinos brazos,
Recelo soportar fiebres y escalofríos;
Adoro en su cuerpo los movimientos laxos.

XII

Y una vez que me abra cuello transparente
Y me bese, en fin, flexible y sumisa,
¡Pensaría haber oído a alguien, lúgubrementemente,
En las tinieblas, cortar pedazos de corteza!

EN UN BARRIO MODERNO

a Manuel Ribeiro

A las diez de la mañana, los transparentes
Matizan una casa palaciega;
Por los jardines se estancan las fuentes,

Hiere la vista, con blancor caliente,
La larga calle pavimentada

En la planta baja reposan sosegados,
Se abrieron, en algunos, las persianas,
Y de uno u otro, en cuartos estucados,
O entre la rama de papel pintado
Relucen, en un almuerzo, las porcelanas.

¡Qué saludable es su agasajo
Y su vida fácil! Yo me iba,
Sin mucha prisa, a mi trabajo,
Adonde ahora, casi siempre llego
Con los mareos de una apoplejía.

Y rota, muy chiquita, atareada,
Vi por la espalda una muchacha
Que en el ajedrez marmóreo de una escalera,
Como un retazo de huerta aglomerada,
Posó, arrodillándose, su canasta.

Y yo, a pesar del sol, la examiné
Se incorporó; sonaron sus zuecos;
Se le abrió el algodón azul de la media,
Al inclinarse, desmadejada y fea,
Y colgaban sus bracitos blancos.

Desde descanso le dice un criado:
“Si así lo quieres, vete; no platiques,
Y es todo”. Y muy tranquilo
Arroja una moneda vil, oxidada,
Que va a dar en los lados de unos damascos.

De repente, —¡Qué visión de artista! —
¿si yo transformara los simples vegetales,
A la luz del sol, intenso colorista,
En un ser humano que se mueve y existe
Lleno de bellas proporciones carnales?

Flotan aromas, humos de cocina,
Con el cesto en la espalda, y doblados,
Suben panaderos, blancos de harina
Y en las puertas, uno y otro timbre
Tocan, frenético, de vez en cuando.

Y yo recomponía, por anatomía,
Un nuevo cuerpo orgánico, a pedazos.
Hallaba los tonos y las formas. Descubría
Una cabeza en una sandía,
Y en unas coles, senos inyectados.

La aceitunas, que nos dan aceite
Negras y unidas entre verdes hojas,
Son trenzas de un cabello que se arregla;
Y los nabos —huesos mondos, color de leche,
Y los racimos de uvas — rosarios de ojos

Hay cuellos, hombros, bocas, un semblante
En la posición de ciertos frutos. Y entre
Las hortalizas, túmido, fragante,
Como alguien que todo aquello coma,
Sorbe un melón, que me recuerda un vientre.

Y, como un feto, en fin, que se dilata,
Vi en las legumbres carnes tentadoras,
Sangre en la pulpa vívida, escarlata,
Buenos corazones latiendo en el tomate
Y dedos yertos, rojos, en las zanahorias.

El sol doraba el cielo. Y la verdulera,
Vendida ya su fresca lechuga
Y daba la rama de menta perfumada,
Volviéndose, me gritó, placentera,
“¡Nadie más pasa!... ¡Y si me ayudara?...”

Me acerqué a ella sin desprecio,
Y, con las dos asas casi rotas,
Levantamos todo el peso aquel
Que resistía en el pétreo suelo,
Con un enorme esfuerzo muscular.

“¡Muchas gracias, Dios le dé salud!”
Y recibí en aquella despedida,
Las fuerzas, la alegría y plenitud,
Que brotan de un exceso de virtud
O de una digestión desconocida.

Y mientras sigo hacia el lado opuesto,
Ya de lejos ruedan unos carruajes,
La pobre se aleja al calor de agosto,
Ya sin color en sus mejillas
Y sin cintura en la falda florida.

Un pequeñuelo riega la trepadera
En una ventana azul; y, con la regadera
Parece que cierne
O que rocía estrellas; y el polvo
Que levanta nubes alba lo incensa.

Llega de las ramas emanaciones sanas,
Oigo un canario — ¡Qué infantil gorjeo! —

Luchan con menajes entre las celosías
Y el sol extiende por las fachadas,
Sus rayos de naranja destilada.

Y pintoresca y audaz, con su faldita,
Alzado el pecho, las manos en la cintura,
Con un desabrido alegre que me incita,
Ella pregona, flaca y muy canija,
Sus coles repolladas, anchas.

Y, como las gruesas piernas de un gigante,
Sin tronco, pero atléticas, enteras,
cargan sobre la pobre caminante,
Sobre la verdura rústica, abundante,
Dos frugales abultadas calabazas.

CRISTALIZACIONES

A Bettencourt Rodrigues

Hace frío, pero después de unos días de aguaceros,
Vibra una inmensa y cruda claridad.
De cuclillas, en línea, los calceteros,
Lentamente, terrosos y groseros,
Calzan de lado a lado la larga calle.

Como las partes altas se han secado
Y el sol al descubierto se sofoca y crea!
La frialdad exige el movimiento;
Y los charcos de agua, como un piso de vidrio,
Reflejan el mojado caserío.

Descalzas, moviendo las caderas agitadas,
Dispersas, gritan las pescaderas,
Brillan y calientan la agradable mañana,
Unos jacalones de gente empobrecidas,
Y unos huertos viejos con sus parras.

¡No oyen aves ni el canto de una noria!
Se van a otro lado los viandantes,
Y el hierro y la piedra — ¡qué unión! —
Suenan fuerte en el espacio abierto,
Con choques recios, ásperos, cantantes.

Hace buen tiempo. Y los muchachotes, morosos, duros, opacos,
Cuya columna nunca se endereza,
Parten las piedras. Vuelan astillas.
Pesán enormemente los gruesos mazos
Con que otros golpean la calzada hecha.

¡Su barba agreste! ¡La lana de sus gorros!
¡Qué forros tan espesos! En una de las reguera
Se extienden chamarras y chalecos,
Que sacan chispas de los pedernales.

Y en este rudo mes que no consiente flores
Fondean, como una escuadra en paz fría,
Los árboles desnudos ¡Sobrios colores!
¡Mástiles, jarcias, vergas! Cavadores
Echan tierra con anchas palas.

Me creo en el Norte, al frío — ¡el gran agente! —
Carretillas que gimen, cargadas,
Llevan cascajo, con pereza,
Se ve la ciudad, mercantil, contenta:
¡Maderas, aguas, multitud, tejados!

Negrean los huertos; seca la mampostería,
Arqueada, sin las nubes que flotan!
¡El cielo renueva la tinta escurridiza!
¡Y los charcos brillan tanto que yo creo
Tener ante mí lagunas de brillantes!

Y aunque se encojan mucho los débiles tullidos
Ya veo todo alegremente exacto.
Lavo y refresco, limpio mis sentidos
¡Y me tocan, excitados, sacudidos,
¡El tacto, la vista, el oído, el gusto, el olfato!

¡Me pide todo el cuerpo esfuerzos en el frío
De tan lavada e igual temperatura!
Los aires, el camino, a la luz reacciona,
Me huele a fuego, a sílex, y a hierro;
Me sabe a campo, a leña, a agricultura.

Malencarado y negro, alguien se detiene cuando paso;
Dos silban, altos los mazos levantados
Potentes, gruesas, templadas de acero
Y un gordo, el maestro, con aire indolente
Dócilmente mide el nivel de las zanjas.

¡Cargadores! ¡Bestias que caminan encorvadas!
¡Qué vida tan sufrida! ¡Qué infierno!
Y los que cavan descansan las azadas
Y escupen en las rudas manos agrietadas,
Par que no se les resbale el mango.

¡Pueblo! ¡En la tela cruda y rota de las camisas
Una bandera pienso que se trasluce!
¡Con ella sufres, bebes, agonizas

Y los tirantes le señalan una cruz!

¡De lo oscuro, de repente, en lo alto del barranco,
Surge un perfil recto que se aguza;
Con aire matinal de quien salió de la cueva,
Una figura fina se revele
Muy acalorada en su abrigo ruso.

¡De dónde vienen! ¡La actriz que yo tanto saludo;
Y a quien, en la noche, en la platea, fijo
Los ojos lisos como pulimento!
Con su carita angosta, friolenta,
Se va ahora a su ensayo.

De los demás admiro la espalda y los costados
Como enlosados. ¡Los buenos trabajadores!
¡Los hijos de las marismas, las montoneras:
De las planicies, altas, altivas;
De las montañas, bajos, trepadores!

Mas de facciones finas, mentón hostil y refinado,
Furtiva, tiritando en sus pieles,
Me asombra la actrícita que hoy describo
En este diciembre enérgico, sucinto,
Y en estos sitios suburbanos, viles!

Como animales ordinarios, que una picada caliente,
Ellos, bovinos, viriles, huesudos,
Con valor se desangran brutalmente;
Y ella duda, titubea, impaciente
Sobre las botas de tacones puntiagudos.

¡Pero actuando su papel en la pieza
Sin que aun el público le ceda el paso,
La diablilla se arriesga y atraviesa
Zanjas, escombros, barrizales, de prisa,
Con sus pequeños pies, rápidos, de cabra!

DESLUMBRAMENTOS

Milady, é perigoso contemplá-la
Quanto passa aromática e normal,
Con seu tipo tão nobre e tão de sala,
Con seus gestos de neve e de metal.

Sem que nisso a desgoste ou desenfade,
Quantas vezes, seguindo-lhe as passadas,
Eu vejo-a, com real solenidade,
Ir impondo *toilettes* complicadas!...

Em si tudo me atrai como um tesouro:
O seu ar pensativo e senhoril,
A sua voz que temu um timbre de oiro
E o seu nevado e lúcido perfil!

Ah! Como me estonteia y me fascina...
E é, na graça distinta do seu porte,
Como a Moda supérflua e feminina,
E tão alta e serena como a Morte!...

Eu ontem encontrei-a, quando vinha,
Britânica, e fazendo-me asombrar;
Grande dama fatal, sempre sozinha,
E com firmeza e música no andar!

O seu olhar possui, num jogo ardente,
Um arcanjo e um demónio a iluminá-lo;
Como um florete, fere agudamente,
E afaga como o pêlo dum regalo!

Pois bem. Conserve o gelo por esposo,
E mostre, se eu beijar-lhe as brancas mãos,
O modo diplomático e orgulhoso
Que Ana de Austria mostrava aos cortesãos.

E enfim prosiga ativa como a Fama,
Sem sorrisos, dramática, cortante;
Que eu procuro fundir na minha chama
Seu ermo coração, como a um brilhante.

Mas cuidado, milady, não se afoite,
Que hao-de acabar os bárbaros reais;
E os povos humilhados, pela noite,
Para a vingança aguçam os punhais.

E um dia, ó flor do Luxo, nas estradas,
Sob o cetim do Azul e as andorinhas,
Eu hei-de ver errar, alucinadas,

E arrastando farrapos –as rainhas!

FRÍGIDA

I

Balzac é meu rival minha senhora inglesa!
Eu quero-a porque odeio as carnações redondas;
Mas ele eternizou-lhe a singular beleza
E eu turbo-me ao deter seus olhos cor das ondas.

II

Admiro-a. A sua longa e plácida estatura
Expõe a majestad austera dos invernos;
Não cora no seu todo a tímida candura;
Dançam a paz dos céus e o assombro dos infernos.

III

Eu vejo-a caminhar, fleugmática, irritante,
Num das mãos franzindo um lenço de cambraia!...
Ninguém assim me prende, ó séria extravagante,
Quando arregaça e ondula a preguiçosa saia!

Hei-de esperar, talvez, que o seu amor me acoite,
Mas nunca a fitarei duma maneira franca;
Traz o esplendor do Dia e a palidez da Noite,
É como o Sol – dourada, e como a Lua – branca!

V

Pudesse-me eu prostrar, num meditado impulso,
Ó gélida mulher bizarramente estranha,
E trémulo depor os lábios no seu pulso,
Entre a macia luva e o punho de bretanha!...

VI

Cintila no seu rosto a lucidez das jóias.
Ao deparar consigo a fantasia pasma;
Pausadamente lembra o silvo das jibóias
E a marcha demorada e muda dum fantasma.

VII

Metálica visão que Charles Baudelaire
Sonhou e presentiu nos seus delírios mornos,
Permita que eu lhe adule a distinção que fere,

As curvas da magreza e o brilho dos adornos!

Deslize como um astro, um astro que declina;
Tão descansada e firme é que me desvaria,
E tem a lentidão duma corveta fina
Que nobremente vá num mar de calmaria.

IX

Não me imagine um doido. Eu vivo como um monge,
No bosque das ficções, ó grande flor do Norte!
Ah, ao persegui-la penso acompanhar de longe
O sossegado espectro angélico da Morte!

X

O seu vagar oculta uma elasticidade
Que deve dar um gosto amargo e deleitoso,
E a sua glacial impassibilidade
Exalta o meu desejo e ataca o meu nervoso.

XI

Porém não arderei aos seus contactos frios,
E não me enroscará nos serpentinos braços.
Receio suportar febrões e calefrios;
Adoro no seu corpo os movimentos lassos.

XII

E se uma vez me abrisse o colo transparente,
E me osculasse, enfim, flexível e submissa,
Eu julgaria ouvir alguém, soturnamente,
Nas trevas, a cortar pedaços de cortiça!

NUM BAIRRO MODERNO

A Manuel Ribeiro

Dez horas da manhã; os transparentes
Matizam uma casa apalaçada;
Pelos jardins estancam-se as nascentes,
E fere a vista, com blancuras quentes,
A larga rua macadamizada.

Rez-de chaussée repousam sossegados,
Abriram-se, nalguns, as persianas,
E dum ou doutro, em quartos estucados,
Ou entre a rama dos papéis pintados,

Reluzem, num alcomço, as porcelanas.

Como é saudável ter o seu conchego,
E a sua vida fácil! Eu descia,
Sem muita pressa, para o meu emprego,
Aonde agora quase sempre chego
Com as tonturas duma apoplexia.

E rota, pequenina, azafamada,
Notei de costas uma rapariga,
Que no xadrez marmóreo duma escada,
Como um retalho de horta aglomerada,
Pousara, ajoelhando, a sua giga.

E eu, a pesar do sol, examinei-a:
Pôs-se de pé; ressoam-lhe os tamancos;
E abre-se-lhe o algodão azul da meia,
Se ele se curva, esgaldelhada, feia,
E pendurando os seus bracinhos brancos.

Do patamar responde-lhe um criado:
“Se te convém, despacha; não converses.
Eu não dou mais.” E muito descansado,
Atira um cobre ignóbil, oxidado,
Que vem bater nas faces duns alperces.

Subitamente, - que visão de artista!
Se eu transformasse os simples vegetais,
À luz do sol, o intenso colorista,
Num ser humano que se mova e exista
Cheio de belas proporções carnis?!
Cheio de belas proporções carnis?!

Bóiam aromas, fumos de cozinha;
Com o cabaz às costas, e vergando,
Sobem padeiros, claros de farinha;
E às portas, uma ou outra campainha
Toca, frenética, de vez em quando.

E eu recompunha, por anatomia,
Um novo corpo orgânico, aos bocados.
Achava os tons e as formas. Descobria
Uma cabeça Numa melancia,
E nuns repolhos seios injectados.

As azeitonas, que nos dão o azeite,
Negras e unidas, entre verdes folhos,
São tranças dum cabelo que se ajeite;
E os nabos — ossos nus, da cor do leite,
E os cachos de uvas — os rosários de olhos.

Há colos, ombros, bocas, um semblante

Nas posições de certos frutos. E entre
As hortaliças, túmido, fragrante,
Como de alguém que tudo aquilo jante,
Surge um melão, que me lembrou um ventre.

E como un feto, enfim, que se dilate,
Vi nos legumes carnes tentadoras,
Sangue na ginja vívida, escarlate,
Bons corações pulsando no tomate
E dedos hirtos, rubros, nas cenouras.

O sol dourava o céu. E a egateira,
Como vendera a sua fresca alface
E dera o ramo de hortela que cheira,
Voltando-se, gritou-me, prazenteira_
“Nao passa mais ninguém... Se me ajudasse?!...

Eu acerquei-me dela, sem desprezo;
E, pelas duas asas a quebrar,
Nós levantámos todo aquele peso
Que ao chão de pedra resistia preso,
Com um enorme esforço muscular.

“Muito obrigada! Deus lhe dê saúde!”
E recebi, naquela despedida,
As forças, a alegría, a plenitude,
Que brotam dum excesso de virtude
Ou duma digestão desconhecida.

E enquanto sigo para o lado oposto,
E ao longe rodam umas carruagens,
A pobre afasta-se, ao calor de agosto,
Descolorida nas maçãs do rosto,
E sem quadris na saia de ramagens.

Um pequerrucho rega a trepadeira
Duma janela azul; e, com o ralo
Do regador, parece que joeira
Ou que borriфа estrelas; e a poeira
Que eleva nuvens alvas a incensá-lo.

Chegam do gigo emanções sadias,
Oioço um canário — que infantil chilrada! —
Lidam ménages entre as gelosias,
E o sol estende, pelas frontarias,
Seus raios de naranja destilada.

E pitoresca e audez, na sua chita,
O peito erguido, os pulsos nas ilhargas,
Duma desgraça alegre que me incita,
Ela apregoa, magra, enfezadita,

Sd suas couves repolhudas, largas.

E, como as grossas pernas dum gigante,
Sem tronco, mas atléticas, inteiras,
Carregam sobre a pobre caminhante,
Sobre a verdura rústica, abundante,
Duas frugais abóboras carneiras.

CRISTALIZACOES

A Bettencourt Rodrigues

Faz frio. Mas, depois duns dias de aguaceiros,
Vibra uma imensa claridad crua.
De cócaras, em linha, os claceteiros,
Com lentidão, terrosos e grosseiros,
Calçam de lado a lado a longa rua.

Como as elevações secaram do relento,
E o descoberto sol abafa e cria!
A frialdade exige o movimento;
E as poças de agua, como um chão vidrento,
Reflectem a molhada casaria.

E pé e perna, dando aos rins que marcha agita,
Diseminadas, gritam as peixeiras;
Lizem, aquecem na manhã bonita,
Uns barracões de gente pobrezita,
E unos quitalórios velhos, com parreiras.

Nao se ouvem aves; nem o choros duma nora!
Tomam por outra parte os viandantes;
E o ferro e pedra — que unia sonora! —
Retinem alto pelo espaço fora,
Com choques rijos, ásperos, cantantes.

Bom tempo. E os rapagões, morosos, duros, baços,
Cuja coluna nunca se endireita,
Partem penedos. Voam-lhe estilhaços.
Pesam enormemente os grossos maços.
Com que outros batem a calçada feita.

A sua barba agreste! A lâ dos seus barretes!
Que espessos forros! Numa das regueiras
Acamam-se as japonas, os coletes;
E eles descalçam com os picaretas,
Que ferem lume sobre pederneiras.

E nesse rude mês, que não consente as flores,
Fundeião, como escuadra em fria paz,
As árvores despidas. Sóbrais cores!
Mastros, enxárcias, vergas! Valadores!
Afirma terra com as largas pás.

Eu julgo-me no Norte, ao frio –o grande agente!-
Carros de mão, que cham carregados,
Conduzem saibro, vagarosamente;
Ve-se a cidade, mercantil, contente:
Madeiras, águas, multidões, telhados!

Negrejam os quintais; enxuga a alvenaria;
Em arco, sem as nuvens flutuantes,
E céu renova a tinta corredia;
E os charcos brilham tanto que eu diria
Ter ante mim lagoas de brilhantes!

E engellem muito embora, os fracos, os tolhidos,
Eu tudo encontro alegremente exacto.
Lavo, refresco, limpio os meus sentidos,
E tangem-me, excitados, sacudidos,
O tacto, a vista, o ouvido, o gosto, o olfacto!

Pedem-me o corpo inteiro esforços na friagem
De tão lavada e igual temperatura!
Os ares, o caminho, a luz reagem;
Cheira-me a fogo, a sílex, a ferragem;
Sabe-me a campo, a lenha, a agricultura.

Mal encarado e negro, um pára enquanto eu passo;
Dois assobiam, altas as marretas
Possantes, grossas, temperadas de aço;
E um gordo, o mestre, coma ar ralasso
E manso, tira o nível das valetas.

Homens de carga! Assim as bestas vão curvadas!
Que vida tão custosa! Que diabo!
E os cavadores descansam as enxadas,
E cospem nas calosas mãos gretadas,
Para que não lhes escorregue o cabo.

Povo! No pano cru rasgado das camisas
Uma bandeira penso que transluz!
Com ela sofres, bebes, agonizas:
Listrões de vinho lançam-lhe divisas,
E os suspensórios traçam-lhe uma cruz!

De oscuro, bruscamente, ao cimo da barroca,
Surge um perfil directo que se aguça;

E ar matinal de quem saiu da toca,
Uma figura fina desemboca,
Toda abafada num casaco a russa.

Donde ela vem! A atriz que eu tanto cumprimento;
E a quem, à noite, na plateia, atraio
Os olhos lisos como polimento!
Com seu rostinho estreito, friolento,
Caminha agora para o seu ensaio.

E aos outros eu admiro os dorsos, os costados
Como lajões. Os bons trabalhadores!
Os filis das lezírias, dos montadas_
Os das planícies, altos, aprumados;
Os das montanhas, baixos, trepadores!

Mas fina de feiçoos, o queixo hostil, distinto,
Furtiva a tiritra em suas peles,
Espanta-me a atrizita que hoje pinto,
Neste desembro enérgico, sucinto,
E nestes sítios suburbanos, reles!

Como animais comuns, que uma picada es quente,
Eles, bovinos, másculos, ossudos,
Encaram-na sanguínea, brutalmente;
E ela vacila, hesita, impaciente
Sobre as botinas de taçoos agudos.

Porém, desempenhando o seu papel na peça,
Sem que inda o público a passagem abra,
O dominico arrisca-se, atravessa
Covas, entulhos, lamaçais, de depressa,
Com os seus pezinhos rápidos, de cabras!